

DE LA ESCRITURA HASTA LAS EXPERIENCIAS CREATIVAS

Por ADRIÁN FERRERO

Lo primero que escribí de lo que tenga un registro más o menos nítido es una suerte de producción, un retrato o una silueta personificada de la ciudad de La Plata, de naturaleza artística, con motivo de un concurso literario porque se cumplían los 100 años de su fundación. La silueta personificaba sus rasgos arquitectónicos imaginando los emocionales, pero, sobre todo, iba acompañada de un paratexto: un dibujo o collage que se esperaba fuera virtuoso. Yo no lo era en demasía en las artes plásticas, si bien asistía a un taller de mi ciudad (y muy bueno por cierto). Lo cierto es que esa producción escrita ganó el Primer Premio Municipal. La promesa de un Diccionario y una medalla como trofeo, además de un acto de recepción del premio no tuvo lugar jamás. De modo que fue, por el contrario, un acto de decepción. Y el tal triunfo quedó reducido a un lento pasaje por las distintas hileras de los cursos superiores del colegio, distribuidos en hileras, exhibiendo a ese alumno que a sus 12 años había conquistado un trofeo a ojos de las maestras de un logro superlativo. Yo estaba más cohibido que triunfante. Más conmovido porque mis palabras hubieran llegado a un jurado y resonado de un modo que los hiciera destacar de un conjunto mayor a esa producción que para mí no tenía un significado trascendente. En todo caso sí había sido realizado a consciencia, con prolijidad, con un profundo sentido de responsabilidad. Pero sobre todo estaba muerto de vergüenza porque esta circunstancia se mostrara públicamente. A mi juicio precisamente la operación hubiera debido ser la contraria a la que había dado lugar a ese logro. Un saludo a lo sumo en el aula o, como mucho, en la Dirección del Colegio.

La participación en ese concurso había sido promovida por la maestra de Lengua de nuestro curso (ya no recuerdo su nombre ni su apellido). Pero evidentemente estaba interesada en que desde nuestra escuela hubiera participantes. En mi caso me persuadió. O quizás lo impartió como consigna de escritura para todo el grado. Ya no lo recuerdo. Se estaba participando desde el establecimiento por una legitimidad cultural.

La escuela secundaria no fue un ámbito a mis ojos favorable para desarrollar la escritura literaria, si bien durante toda mi infancia y adolescencia por fuera del colegio fui sumamente lector (papá me enseñó que uno debía disponer de su propia biblioteca con libros de su edad). En el colegio vimos mucha aburrida literatura española medieval. Algo de literatura argentina (de la que a mí menos me interesaba), ciertos clásicos griegos (que sí me interesaron), hasta llegar final del bachillerato en el que sí leímos *El extranjero* de Camus. Lo recuerdo como un sacudón. Para no faltar a la verdad, en segundo año había tenido a una Prof. en Letras que era además una gran escritora, con trayectoria en la ciudad y una moderada a nivel nacional (me enteré luego). Ella nos dio a leer cuentos poco conocidos de Bioy Casares (por quien luego, de adulto experimenté una profunda antipatía) y otros de Enrique Anderson Imbert, de quien leí en la Universidad Nacional de La Plata, en la carrera de Letras, un estudio sobre el género cuento de referencia.

Tener dos padres Profesores en Letras y una abuela intelectual con una larga trayectoria universitaria, una muy buena formación en ciencias y artes hacía que uno tuviera como una cierta melodía que lo rodeaba en la cual predominaba el saber, el conocimiento y la creatividad. Haber pasado por un colegio secundario dependiente de la Universidad Nacional de La Plata. La visita de amigos de mis padres a casa que eran Profesores universitarios que dictaban clases en la carrera de Letras de la Universidad Nacional de La Plata o en la de Buenos Aires, sus regalos de libros, el estímulo para la lectura, traza un fermento que señala una ruta. Un horizonte. Uno sabe por lo tanto hacia dónde se dirigirá. No exactamente el destino. Pero sí uno atisba una luz. Como si apreciara un astro. Por más que el punto exacto sea algo difuso. Pero está. O estaba ya por ese entonces, en todo caso. El sendero que entrevemos delante de nosotros sabemos nos conducirá hasta ese punto definitivo.

Tal cosa fue la que hice. En la carrera de Letras me propuse una formación académicamente sólida. Fui un estudiante aplicado. Estudié idiomas sin manejar ninguno del todo a fondo pero sí lo suficiente como para leer y entender los libros más importantes para mi educación. Me consagré luego de graduado a la investigación durante diez años y luego seguí editando en algunas publicaciones especializadas así como en revistas culturales del extranjero y del país.

¿Y qué sucedió con la escritura creativa? Antes había integrado un colectivo de arte, Poesía Turkestán, cuando aún no me había graduado. Dispersamos poesía por toda la ciudad de múltiples maneras. Con afiches de madrugada, cuando toda la ciudad dormía. Por radios, con recitales en bares. Entre tanto yo encontré interlocutores en ex profesores de Filosofía o de Letras, trabajé en una mítica librería a partir de 1999 a la que asistía toda la intelectualidad y los artistas de la ciudad (sobre todo los sábados por la mañana, yo era el responsable de preparar el café en pequeños pocillos). Y fueron llegando los talleres de escritura. Fui a cinco. Cuatro en La Plata, uno en Buenos Aires, de adulto. En ninguno de ellos dejé de aprender cosas fundamentales en el arte de la escritura. Tanto en lo relativo a formación en literatura como a la construcción correcta, certera, con un ideal de experimentación creativa de los textos promovido por mis maestros de escritura.

Me inicié con la poesía en los albores del trabajo, a mis 19 años. Casi a hurtadillas. Acompañada de minificciones. Luego llegaron los cuentos más extensos. Una novela sobre los existencialistas franceses para la que estudié y me documenté muchísimo. Leí autobiografías, biografías, epistolarios, estudios sobre poéticas de distintos autores franceses, Historia cultural, polémicas, ensayos, en fin, lo que significó la reconstrucción del campo intelectual de una Francia en plena ebullición. La escritura de la novela no fue un proceso precisamente gratificante. Me sometía a permanentes dificultades o bien yo sentía la necesidad de resolverlas porque me inquietaba (así lo estimo) que quedara cercenada por la mitad, interrumpirla luego de un largo trabajo previo, la ansiedad propia de quien trabaja en medio de la incertidumbre y aspira a concluir un trabajo con una cierta premura. Una vez concluida, hubo personas, escritores muy serios, que le encontraron mérito al libro. Por mi parte, carecía de la dignidad estética suficiente como para regresar a ella. Ignoro qué sucedería ahora. Pero abrigo la sospecha de que un proyecto de 1997 leído a la luz de 2021 no correría buena fortuna.

Paralelamente al trabajo creativo hice mi Lic. en Letras con una tesis sobre una autora argentina y luego el doctorado sobre dos autoras argentinas. De

modo que, pese a que jamás lo viví como dos instancias que se daban de modo apacible, sí logré que convivieran de un modo más o menos exitoso. Lo cierto es que me Licencié, me doctoré, escribí libros que publiqué. Otros (sobre todo de poesía y uno infantil) que permanecen inéditos. Colaboré con muchas revistas académicas del país y del extranjero.

Y llego al presente, en medio de la pandemia. Tuve una operación, entre el 12 y el 18 de marzo de 2021. No fue algo grave pero que sí requirió una intervención de cierta urgencia. No obstante, exactamente el día que regresé a casa, el mismo 18, chequeé en mi celular por casualidad una revista en la que iba a publicar por primera vez y habían subido un artículo mío. Era una revista cultural de EE.UU. Sentí en ese momento que era tal la vocación y tal el ímpetu de la escritura y por la escritura, que ni la adversidad más poderosa podía derribar o inhibir mi capacidad de crear, en este caso mis artículos que salían el mismo día que yo salía luego de la intervención. Ignoro si fue un éxito ese artículo. Pero fue para mí triunfal el acontecimiento de la coincidencia. De que esa cierta zozobra que nos embarga en medio de una convalecencia y la producción y publicación de mis artículos no pudiera verse afectada por nada. La fortaleza permanecía intacta.

Había llegado (y a este punto pretendía arribar) a una zona de mi producción que siempre me había costado mucho en la Universidad: los ensayos. Yo era escritor, sobre todo. Pasaba largas tardes escribiendo e iba a talleres de escritura. Leía sobre todo literatura. Pero la Universidad me había entrenado en el trabajo ensayístico académico. Había empezado otra etapa por aquel entonces. La de interrogar otras poéticas, he llegado a la conclusión de que como forma de una autobiografía literaria o intelectual. ¿Qué es la crítica literaria sino ir dibujando los rasgos de un rostro, el nuestro, más o menos oculto, según los casos? En mi caso era lector sobre todo de literatura. Pero para las becas, la Licenciatura y el doctorado había tenido que leer todo tipo de libros propios de las humanidades con orientación también en diferentes corrientes de pensamiento. Estudios de género, crítica genética (trabajo que se propone definir cómo se produce la obra literaria a partir de procesos de génesis y distintos estadios), estudios de narratología, trabajos de fenomenología, entre otras corrientes de investigación.

A mí me gusta decir que soy un escritor. Eso es sinónimo de decir que me intereso por todo. Así definía la escritura Susan Sontag de una escritora en su caso. “¿Un escritor? Alguien que se interesa por todo”. La idea es que uno es un curioso. Está atento al mundo. Se manifiesta preocupado por él. Le concierne la suerte de sus semejantes. Del medio ambiente. De los conflictos que se producen en el orden de lo real en todas sus dimensiones. Pero también se manifiesta como alguien con inquietudes por el pensamiento abstracto y la creación.

No obstante, he encontrado formas de experimentación creativa a mi juicio novedosas, por más que ya se hagan en otros lugares de Argentina o el mundo. Son todas ellas interdisciplinarias. Trabajo con fotógrafos profesionales o artistas plásticos también profesionales. Todos ellos con trayectoria internacional. Me pasan sus fotografías, elijo cuatro. Una para la Portada de la publicación, que será el link al trabajo. Y ya dentro de la publicación se repite la Portada y cada una de esas tres fotografías restantes tiene un texto inspirado a partir de ella. En ocasiones se trata de textos más descriptivos, en otros de prosas poéticas, en otros de naturaleza narrativa, donde doy rienda suelta a la imaginación creativa.

Igual proceder tiene lugar con las pinturas cuando los artistas plásticos me envían series para que elija, nuevamente, cuatro. También la índole del texto varía mucho según el tipo de artista plástico y sus creaciones. Por ejemplo: un artista plástico abstracto no da lo mismo que uno figurativo. Y me gustará próximamente, cuando se dé la oportunidad, trabajar con esculturas. Hemos publicado estos trabajos en NY o México con muy buena repercusión. No en Argentina. En esta serie de trabajos entre fotografía/textos realicé una experiencia a solas, con fotografías del río Li de China. Bellas barcas que bogan por un río en calma, con mansos pájaros posados en sus extremos.

Realicé cinco audiotextos. Cuatro con textos escritos y leídos por mí. Y con música y edición del músico Agustín Espinosa, graduado en el Conservatorio de Tucumán (Argentina). las imágenes fueron seleccionadas entre ambos, tomando fotografías de la Internet sin derechos de autor. El último de los audiotextos se titula "Palabra de Mux" y consiste en grabaciones de cinco poemas del poeta argentino Néstor Mux (La Plata, 1945) que él mismo lee, con la música de Agustín Espinosa y una fotografía que el poeta eligió como identidad visual para ilustrar el audiotexto.

Veremos hacia dónde conducen estas investigaciones que creativas son de tal infinita riqueza. Por lo pronto. Son una suerte de viaje. En el que uno hace puerto. Y luego prosigue, tras nuevos destinos. A veces regresa en ese viaje a un puerto que ya visitó. Prosigue luego tras nuevas búsquedas. Y si esos viajes tienen lugar con otros artistas, la trayectoria es mucho más completa. Además de mucho más amena. Se comparte la alegría de proceso, del diálogo fecundo, del hallazgo, de la interacción en la cual la opinión del artista con quien trabajamos en colaboración resulta crucial, luego de la difusión y la devolución como producto del logro. Ese artista es el primer receptor de la obra terminada. Pero, sobre todo, ese trabajo en equipo, funda amistades sólidas, o relaciones más fugaces de estima, en ocasiones por mi parte al menos de admiración, o un conocimiento de la inteligencia emocional de ese otro semejante que resulta tan gratificante como primordial.

Como para cerrar, diría que la escritura es esa misma barca que por el río Li de China, que elegí por su calma pero también por su belleza deslumbrante, es ese espacio a través del cual se avanza. Se permanece. Se acompaña. Se está a solas. Se comparte. Y luego permanece en un estado según el cual se independiza. Queda la certeza de haber trabajado con sentido de responsabilidad artística. Pero también con el ánimo de pensar en la llegada a un destinatario que en cuya subjetividad y en cuya sensibilidad, en cuya inteligencia puedan resonar. Producir un impacto emocionante. Y que le deje el efecto de la hermosa y de la dicha. Eso es lo que propongo. Nos proponemos.